



Dossier A 150 años de la Comuna de París

La Comuna por la vida o la vida por la Comuna: la lucha de las proletarias parisinas de 1871

The Commune for life or life for the Commune: the struggle of the Parisian proletarian women of 1871

JULIA TESSIO¹

Resumen: El artículo aborda la participación de las mujeres que protagonizaron el proceso revolucionario de 1871, buscando dialogar con las distintas imágenes y relatos que se han construido alrededor de su participación. A 150 años, es necesario volver a preguntarse quiénes fueron esas protagonistas y cuáles fueron los motivos de su participación, buscando más allá de las renombradas dirigentes y las combatientes que se destacan en las memorias. Para ello, buscando romper con los mitos, las idealizaciones y reduccionismos, se desarrolla un análisis que parte de las condiciones estructurales de la clase trabajadora y de las proletarias en particular, tanto en el terreno de la producción como en el de la reproducción de la fuerza de trabajo, sus formas de organización, la participación en las asociaciones de trabajadores, la vinculación con las tradiciones feministas; en todos los niveles sin perder de vista las tensiones y contradicciones. Se busca de este modo comprender cuáles fueron las demandas motoras y los roles de las miles de mujeres “anónimas” que fueron parte de la vanguardia de la defensa de París y el primer gobierno de la clase trabajadora.

Palabras clave: Comuna de París; feminismo; acción política femenina.

Abstract: The article addresses the participation of women who played a leading role in the revolutionary process of 1871, seeking to dialogue with the different images and stories that have been built around their participation. After 150 years, it is necessary to ask again who were these protagonists and what were the reasons for their participation, looking beyond the renowned leaders and combatants that stand out in the memoirs. To this end, seeking to break with myths, idealizations and reductionisms, an analysis is developed that starts from the structural conditions of the working class and of the proletarian women in particular, both in the field of production and in the reproduction of the labor force, their forms of organization, participation in workers' associations, the link with feminist traditions; at all levels without losing sight of the tensions and contradictions. We seek in this way to understand what were the driving demands and roles of the thousands of "anonymous" women who were part of the vanguard of the defense of Paris and the first government of the working class.

Key words: Paris Commune; feminism; feminine political action.

Cómo citar: Tessio, J. (2020). La Comuna por la vida o la vida por la Comuna: la lucha de las proletarias parisinas de 1871. *Cuadernos Filosóficos*, 17. DOI: <https://doi.org/10.35305/cf2.vi17.116>

Publicado bajo licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 4.0 Internacional [CC BY-ND 4.0]



Fecha de recepción: 15/06/2021
Fecha de aprobación: 31/07/2021

¹ Investigaciones Socio-Históricas Regionales [ISIHR. UNR-CONICET] (Rosario, Santa Fe, Argentina).
ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-2331-8703>. julia.tessio@gmail.com

El presente artículo tiene el objetivo de indagar acerca de las raíces sobre las que se constituyó la participación de las mujeres en la Comuna de París en 1871, profundizando el análisis sobre las condiciones materiales de vida y su lugar dentro de las filas de la clase trabajadora, así como las tradiciones de pensamiento y de organización, problematizando cuánto éstas influyeron en su protagonismo.

Sucesivos trabajos han destacado la participación de mujeres emblemáticas en el campo de batalla entre los federados, entre los que se destacan las numerosas biografías y trabajos sobre Louise Michel, que en el exilio adhiere al anarquismo. La resistencia de las mujeres al desarme de la Guardia Nacional ordenada por Thiers el 18 de marzo es uno de los acontecimientos de relevancia más recordados.

El protagonismo femenino tendrá repercusiones no sólo en la organización de las mujeres y el movimiento obrero en los procesos posteriores que tuvieron a la Comuna como fuente de inspiración, sino que impactará de lleno en la reflexión política de la época, como es posible observarlo en el balance que hace Marx en la “Guerra Civil en Francia”.

Ahora bien, escasos pero sugerentes son los trabajos que indagan sobre las condiciones estructurales y subjetivas sobre las que se cimentó el accionar de las mujeres, indispensable para la construcción de la Comuna: no nos referimos sólo al combate heroico de las dirigentes de renombre, sino a miles de mujeres que emergieron desde abajo, desde la más profunda situación de opresión, tomando tareas en la defensa y dando la vida por el triunfo de la Comuna.

¿Cuál fue su lugar de partida? El artículo se basa en la hipótesis de que la lucha por la emancipación de las mujeres se produjo motorizada por la idea de supervivencia que no estaba garantizada en el marco del Segundo Imperio, proceso signado por una extrema pauperización de las mujeres trabajadoras, que limitaba incluso la reproducción de la fuerza de trabajo. A estas condiciones se suma un profundo control de la vida familiar implementado por el régimen bonapartista y el retorno del control eclesiástico tras la derrota de 1848. En relación a los antecedentes políticos que se refirieron a la cuestión de las mujeres y su emancipación, si bien se observa la continuidad de una tercera generación que retoma las tradiciones feministas que emergen desde 1789 y atraviesan las jornadas de 1848, la experiencia de la lucha de clases será la que impartirá un rol decisivo para que las mujeres pobres del proletariado pasen a la acción. Las tradiciones feministas y los debates sobre la igualdad de derechos queda reducido a

las mujeres de letras y maestras que en su mayoría toman caminos paralelos; pocas de ellas tomaron roles activos durante la Comuna.

La participación activa de las trabajadoras en los clubes habilitados desde 1868 por Luis Bonaparte se enfrentó muchas veces a la exclusión de sus propios compañeros. Esto no fue una limitación para que las mujeres se hagan un lugar y se encuentren en la primera línea de la resistencia y asistencia al ejército, cumpliendo un papel indispensable en el primer gobierno de la clase trabajadora de la historia de la humanidad.

Con este trabajo buscamos profundizar sobre una serie de estudios (Harvey, 2008; Rougerie, 2010; Linton, 1997; Jones & Vergest 1991; Rowbotham, 1974) que complejizan aquellas visiones que establecen una continuidad sin rupturas entre las ideas feministas que surgieron tras la Revolución Francesa, y que, a la vez, generalizan las figuras heroicas de las militantes y dirigentes. Nos parece relevante retomar la pregunta de Linton (1997): ¿Qué tipos de mujeres participaron de la Comuna²? Desde este punto de partida retomaremos los análisis referidos a la clase obrera durante el Segundo Imperio que nos permiten dar cuenta sobre la extrema y degradante situación a la que fueron sometidas las masas trabajadoras y en particular las mujeres. La lucha por la vida y la emancipación se convierten en la lucha de clases y se transforman en los motores centrales que las vuelca de lleno a la defensa de París, lo que implica luego la condena y el encarcelamiento de más de mil mujeres, con el terror de Versalles.

Para este trabajo, considerando las limitaciones para el acceso a los archivos, se utilizan fuentes de segunda mano y se contrastan con el análisis realizado por distintas historiadoras, intelectuales y pensadores que han trabajado sobre el tema. A su vez se utilizan las memorias disponibles, como es el caso de las de Michel y Lissagaray.

Para la exposición se partirá desde un panorama general de la situación de la clase trabajadora y, desde allí, la posición relativa de las proletarias. En un segundo apartado se

2 “Las idealizaciones de las heroínas de la revolución, la encarnación de Marianne entrando en combate, agitaron la bandera desde lo alto de las barricadas donde se enfrentaron a la propia muerte; sacrificando su vida con la esperanza de que sus hijos conocieran un futuro mejor, fueron retratadas en un gesto único de desafío y valor. Los propios comuneros contribuyeron a inmortalizar esta primera imagen. Las mujeres de la Comuna también dieron a luz la imagen amenazante de la prostituta o, peor aún, de la petrolera; directamente sacadas de la pesadilla de la burguesía, rondan los bajos fondos de la sociedad parisina. (...) Por muy evocadores que sean, merece la pena intentar ir más allá de estos mitos mantenidos por la izquierda y la derecha para plantearnos una serie de preguntas, sea cual sea para hacer una serie de preguntas, sin importar lo cierto que sea que las mujeres en el ¿Qué tipo de mujeres participaban en la Comuna?” (Linton, 1997, pp 23)

reflejan las tradiciones políticas e intelectuales de las mujeres alrededor de la cuestión de género que llegan a 1871, así como, por otro lado, las corrientes políticas que impactan en la organización de las mujeres trabajadoras agrupadas en clubes y asociaciones. En tercer lugar, buscaremos recuperar someramente los acontecimientos centrales en los que se destaca el rol de las mujeres en la Comuna, comprendiendo asimismo las medidas de las que fueron beneficiarias, así como aquellas que permanecieron como límites para su igualdad plena.

I. Las condiciones del proletariado en el Segundo Imperio

Para conocer la situación del proletariado y sus condiciones materiales en 1871, retomamos fundamentalmente el análisis propuesto por David Harvey (2008), quien realiza un estudio profundo sobre las diferentes aristas de la vida material y social de la clase obrera parisina. De acuerdo con Harvey, en el Segundo Imperio el proletariado de la ciudad de París involucraba a 1,8 millones de personas, quienes se concentraban, en su mayoría, en establecimientos pequeños donde solo una décima parte contaba con más de 100 empleados. Las ramas más extendidas pertenecían al rubro textil y de vestido, que, pese al leve descenso en 1860, concentraba 145 mil trabajadores y trabajadoras; en segundo lugar se encontraba la fabricación de muebles, con 46 mil empleados y empleadas, y el metal y la ingeniería, con 68 mil. En este período se observa un crecimiento de la rama de la construcción, con una duplicación del plantel en el lapso de 10 años, llegando a los 50 mil trabajadores — en su mayoría hombres. El autor señala, por ello, que nos encontramos con un aumento de la fragmentación promovida por la producción de artículos “especializados de París”, como es el caso de la joyería, la porcelana, flores artificiales, entre otros. Si bien en estos años existió una presión de los artesanos a conservar su autonomía, esta fragmentación se dio en simultáneo con una transformación categórica de las relaciones sociales: las modificaciones productivas construyeron un sistema integrado y coordinado de producción, signado por la subcontratación, donde la burguesía se ahorra el pago de locales y electricidad, lo que implicó una categórica degradación de las condiciones laborales.

Durante estos años, la industria dependió fuertemente del otorgamiento del crédito: en el corto plazo, quienes posibilitaban el financiamiento eran los sectores comerciales que a, través de estos mecanismos, dirigieron los destinos de la producción fabril. Asimismo, el desarrollo de grandes almacenes en la ciudad de París hizo posible la comercialización de productos textiles en amplios mercados, los cuales emplearon nuevos trabajadores y trabajadoras. En

este período nos encontramos también con otro tipo de reestructuración de la industria, es decir, la relocalización en los suburbios de la ciudad, abonando hacia una concentración geográfica que hacía posible la integración eficiente de pequeños talleres articulados en una gran red de producción.

Hay otro fenómeno que es necesario destacar para comprender la conformación del proletariado parisino durante el Segundo Imperio y las condiciones en las que llega a 1871: durante este período observamos una migración masiva de población rural expulsada del campo hacia la ciudad, que fue absorbida solo en forma relativa por la industria parisina. La migración modificó una ciudad de 1,3 millones de personas. que en poco tiempo llegó a albergar 2 millones en 1870, tras la destrucción de la industria rural, la introducción de maquinaria en el campo y el fin de la posibilidad del abastecimiento del campesinado. En este proceso, las mujeres y los niños serán parte de ese 'ejército industrial de reserva' integrado a la producción, dinámica que llevará a un descenso pronunciado de los salarios, marcado por una alta inflación de los bienes de consumo.

2. Las más explotadas

Más allá de las oscilaciones, durante el Segundo Imperio la fuerza de trabajo femenina representó aproximadamente un 40% de la mano de obra. Su participación creciente en el terreno de la producción y la absorción en el mercado de trabajo tendió a generar una baja en los salarios y a incrementar la inestabilidad laboral, siendo las mujeres las más afectadas.

El trabajo femenino era considerado, tanto en el terreno productivo como en relación a la reproducción de la fuerza de trabajo, como "trabajo complementario". Uno de los elementos centrales para comprender las condiciones de vida de las mujeres del proletariado en ese momento es la diferencia sustancial que existía entre su salario y el de los hombres, alcanzando las primeras tan solo un tercio en relación a la fuerza de trabajo masculino. De acuerdo a la estadísticas recuperadas por Harvey (2008), mientras que la mujer dedicada a la moda cobraba aproximadamente 1-2 francos al día, un sastre alcanzaba los 5 francos, y las mecánicas percibían alrededor de 1,50 francos, mientras que sus compañeros podían conseguir una paga de hasta 6,50 francos diarios por el mismo trabajo. En todos los rubros la relación proporcional se repite, y las jornadas laborales rondan un promedio de trece horas.

Las consecuencias de esta realidad, sumada a la baja anual por los “tiempos muertos” de la producción estacional, llevaban a que las mujeres no pudieran sobrevivir con el salario obtenido; es decir, que no fueran suficientes los 500 francos para subsistir (en otras palabras, para garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo). Para entender dicho nivel de carencia es necesario tener en cuenta que para subsistir en París el monto mínimo superaba los 1300 francos anuales. Sólo el empleo doméstico, que cubría el alimento, alojamiento y en ciertos casos la instrucción, posibilitaba la supervivencia de las mujeres. Esta situación llevó a un incremento de la prostitución como forma de supervivencia, impactando fuertemente en la constitución familiar. De acuerdo con Rougerie (2010), las estadísticas indican que hacia 1860 un tercio de los niños y niñas nacidas en París eran considerados ilegítimos (es decir, nacidos por fuera de la relación matrimonial). Otra realidad extendida fue la existencia de mujeres solteras: todo hombre que contrajera matrimonio debería sostener gran parte de la vida familiar y la subsistencia de la mujer, lo que llevó a que los niños se encontraran en numerosas ocasiones sometidos al retorno al campo y, por ende, a una alta tasa de mortalidad infantil.

Esta difícil condición laboral y de vida, donde el capitalismo limitaba la propia reproducción de la fuerza de trabajo, se complementaba con la ausencia de los derechos civiles y políticos por parte de las mujeres. El Código Napoleónico consideraba a las mujeres como “menores” en el terreno legal, lo que a su vez imposibilitaba la autonomía en casi la totalidad de los planos vitales. Esta realidad implicó además un crecimiento del control del régimen al interior de los hogares (con el trabajo asalariado incorporado en las casas), a la vez que implicaba una ascendente mercantilización, con el consecuente desarrollo exponencial de la prostitución. El acoso y la violencia sexual eran hechos cotidianos en la vida de las mujeres.

Como señalamos, la reproducción de la fuerza de trabajo se enfrentó a numerosos obstáculos en relación a las condiciones de la clase trabajadora, pero en particular a las degradadas situaciones por las que atravesaban las proletarias. Estas estadísticas y datos, por fríos que se presenten, eran parte de una realidad de superexplotación en la que las mujeres trabajaban para no morir — y no siempre lo lograban.

3. El feminismo y la continuidad

Los antecedentes del protagonismo de las mujeres en Francia son ineludibles. Ya en 1789 su participación fue destacada en la organización y marcha contra el hambre y las consecuencias de las crisis. Las reivindicaciones políticas estuvieron a la orden del día a través de las

asociaciones que promovían los derechos políticos de las mujeres. Aquí podemos situar a las “primeras feministas” y a las más reconocidas, como Marie-Jeanne Roland y Olympe de Gouges, autora de la “Declaración de los Derechos de las Mujeres”, exigiendo el reconocimiento ciudadano (D’Atri, 2006). Allí el contenido de clase se encontraba diluido en un contenido democrático general. A su vez, muchas mujeres que fueron protagonistas de las filas revolucionarias de 1789 y no encontraron asidero en las transformaciones de los derechos políticos, se volvieron a las filas de la reacción y el catolicismo (Rowbotham, 1974).

En 1848 la participación de las trabajadoras, muchas de ellas adherentes a las ideas del comunismo y del socialismo, defendió la igualdad de las mujeres (asociada a la idea de la emancipación de la clase), participando activamente de las asociaciones y su actividad huelguística. Algunas organizaciones en este período son destacadas, tal como la Unión de las Mujeres, la Asociación Fraternal de Demócratas de Ambos Sexos o el Club para la Emancipación de las Mujeres. Gran cantidad de ellas adhirieron a la Sociedad Republicana Central, cuyo referente central fue Blanqui. En las jornadas de febrero, las mujeres estuvieron al frente de las barricadas y de los enfrentamientos callejeros, junto a sus compañeros varones. Muchas de ellas continuarán, años después, difundiendo sus ideas mediante la persistencia de las asociaciones y los periódicos, como fue el caso de “La voix de la femme”. En 1860 aparece “La femme affranchie”, de Jeny D’Héricourt que hace a la continuidad de las reivindicaciones feministas. En 1867, Julie Daubié expone en “La femme pauvre” las condiciones deplorables de las trabajadoras parisinas.

Las tradiciones del feminismo persistieron desde 1848 pese a la reacción del Segundo Imperio, perdurando particularmente dentro de los círculos de las “mujeres de letras”. De acuerdo con Jacques Rougerie (2010), se trata de una ‘tercera generación’, en la que se destaca la socialista Leodile Champseix (conocida luego como André Léo), Adèle Esquirros, Paule Minck y Julie Dabie.

En 1868 se funda la primera organización de importancia: la Liga por los Derechos de la Mujer, que reclamaba la libertad religiosa, civil, política y moral, tanto en el matrimonio como en el trabajo. En 1869 se realiza una reunión con las primeras adherentes de la organización y promueven la fundación de una escuela primaria para niñas. La escolarización femenina será una de las preocupaciones centrales, como lo fue también para Élisabeth Lemonnier, fundadora de la Sociedad de la Formación para Niñas.

Es necesario destacar también en ese año la fundación de la Sociedad por la Reivindicación de los Derechos Civiles de la Mujer, donde se denuncia la negación de los derechos a la mitad de la población. Malon fue otra feminista asociada a estas ideas, con su construcción de una sólida red de militantes en la región de Puteaux. Cabe señalar la actividad simultánea de León Richer y su fundación del periódico *Le droit de femmes*, publicación que continuará durante los años de la Comuna y que se dedicará a exponer la condición de las mujeres. Las mujeres republicanas y de la francmasonería también serán parte de ligas por los derechos y la igualdad.

Dentro de este “feminismo ilustrado” se destaca la figura de André Leó, quien tomó una participación activa en la Comuna, incluso en la redacción del “Manifiesto de la Comuna a los Campesinos”, cuestionando la inferioridad civil y política de las mujeres. Para el proletariado, sin embargo, las ideas de la igualdad civil y política de las mujeres permanecerán ajenas, y poco alcanzarán a fusionarse dentro de las reivindicaciones desarrolladas al interior del proceso de la Comuna.

La conciencia alcanzada vinculará, en la dinámica de la lucha de clases, lo mejor de la organización obrera, la fraternidad con sus compañeros, el odio emergente de los mayores oprobios sufridos y la necesidad de la lucha por la emancipación, por nuevas condiciones de existencia. Así vemos como en muy poco tiempo aquellas mujeres reducidas a la pasividad, a la exclusión y a la degradación constante, son capaces de ponerse al frente y defender París. Ésta es la realidad heroica que queremos recuperar.

4. Las mujeres como parte del proletariado “para sí”

Para comprender las fuentes de influencia en el seno del proletariado, es necesario ahondar en cuál fue la participación y la aceptación de las mujeres en las organizaciones de la clase trabajadora. En relación a la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), recién en 1868 se aceptará la membresía de las mujeres. Estos cambios en la participación representaron algo novedoso en su contexto, que puede pensarse a partir de las reflexiones de Marx y Engels respecto de la opresión de las mujeres y la construcción de la familia como unidad fundamental para la explotación capitalista. En París se observará cómo la búsqueda de participación de las mujeres trabajadoras será mayor entre los marxistas (Linton, 1997).

Por su parte, Proudhon (cuya influencia en la comuna -como otra de las alas de la AIT- fue contundente a partir de sus ideas cooperativistas) representará un enemigo acérrimo de los

reclamos sobre los derechos de las mujeres, denostando sus capacidades intelectuales, creativas y políticas. Se opondrá no sólo a la defensa de la igualdad política y laboral, sino que enfrentará, sin posibilidad de modificar el resultado, la integración de las mujeres a la Internacional.

El lugar de las mujeres en las organizaciones del proletariado no fue otorgado pacíficamente. La defensa de la idea de la emancipación de las mujeres del proletariado tuvo que ver con la experiencia realizada en principio frente a las condiciones de vidas impuestas por Versalles, a la vez que tuvieron que lidiar con los prejuicios al interior del propio movimiento revolucionario, gestando sus propias condiciones de participación y luchando para ganar un lugar en la resistencia parisina (Rowbotham, 1974). Esta experiencia debió enfrentar muchas veces la caricaturización y la infantilización de parte de dirigentes y militantes varones. ¿Cuáles son, entonces, las motivaciones para la participación de las mujeres? De acuerdo con Linton (1997), serán el acceso al trabajo, la remuneración, la supervivencia y los alimentos parte de las motivaciones centrales que las llevaron a ser parte de la Comuna de París, cuestiones de las que fueron excluidas bajo el gobierno de Luis Bonaparte.

La participación de las mujeres trabajadoras en las asociaciones obreras era escasa. Es posible encontrarlas entre las sociedades de ceramistas, encuadernadores y tapiceros (Rougerie, 2010). Pero con la apertura que realiza el régimen desde 1868, otorgando la libertad de reunión, la problemática de las mujeres será frecuentemente debatida. El trabajo femenino será uno de los temas centrales, siendo habitual la oposición al mismo por ser un elemento “desintegrador” de la familia y una competencia para el hombre.

La cuestión del matrimonio y la unión libre también será otro tema central de discusión. En escasas circunstancias se observará como necesaria, entre el proletariado, la idea de la igualdad de las mujeres en todos los niveles: se priorizará, por el contrario, el problema del trabajo por sobre las demás demandas³. Podemos observar, entonces, que las ideas igualitaristas y la lucha

3 “En parte, este desinterés por la política electoral reflejaba la caracterización más o menos dogmática del derecho de voto por parte de los militantes socialistas como una forma burguesa, así como, en Francia, las diferencias ideológicas entre la ciudad y el campo. Los obreros, que habían visto el apoyo prestado al Segundo Imperio por las provincias, tenían las inclinaciones conservadoras de los campesinos, su sumisión a la Iglesia y a la nobleza. (...) De igual importancia, sostenemos que la indiferencia de las mujeres hacia el voto y las formas tradicionales de la política representativa reflejaba una estrategia retórica y activista derivada de una concepción de la democracia que parecía mezclar el énfasis en la singularidad de las mujeres -de la explotación y del empoderamiento- con la exigencia de una presencia formal, o una posición, en la vida pública que no se vistiera con el ropaje de un discurso sobre los derechos individuales.” (Jones y Vergests, 1991, pp 718)

por los derechos políticos de las mujeres permanecerán restringidas a un círculo intelectual previamente reconstruido.

Destaca particularmente en 1870 el llamamiento de Adèle Equirós, Louise Michel y André Léo, entre otras, a la organización de las mujeres de París, reclamando el derecho a recoger los heridos tras los combates en la guerra francoprusiana, creando de este modo el Comité de Vigilancia de las Mujeres de Montmartre, el que se crea en forma simultánea al Comité de Mujeres de la Calle Arras, erigido por Jules Allix.

5. Las anónimas, heroínas de la vanguardia

La participación de las mujeres será en tareas de vanguardia, muchas veces enfrentando los límites impuestos por los comuneros. Las mujeres tendrán un rol decisivo el 18 de marzo de 1871⁴ contra el desarme de la Guardia Nacional ordenada por Thiers quien preparaban la claudicación frente al ejército prusiano, destacándose Louise Michel en estos acontecimientos. Los oficiales ordenaron el disparo pero los soldados se opusieron. Este embate en las colinas de Montmartre fue determinante como condición de posibilidad de la Comuna. No debe olvidarse tampoco la participación de las mujeres en la jornada previa del 22 de enero con la ocupación del Hôtel de Ville por parte de la Guardia Nacional, hechos de importancia antecedentes al 18 de marzo.

Dentro de los archivos y las memorias de la Comuna encontramos a las mujeres que se destacaban por su participación masiva en la organización de las ambulancias, las cocinas y barricadas, de importancia vital para la subsistencia de la Comuna. También existieron experiencias cooperativistas organizadas por mujeres.

Respecto de las medidas centrales adoptadas por la comuna, las más decisivas en la vida de las mujeres tuvieron que ver con el reconocimiento de las pensiones para las mujeres legítimas e ilegítimas de los muertos en combate y de sus hijos. Esto fue una modificación sustancial en lo referente a la moral burguesa y una igualación de derechos altamente valorado por las mujeres de la Comuna. Resulta pertinente recuperar la reflexión de Rowbotham al respecto:

4 “Las primeras que se lanzaron fueron las mujeres, lo mismo que en las jornadas de la Revolución. Las del 18 de marzo, curtidas por el sitio -les había correspondido doble ración de miseria-, no esperaron a sus hombres. Rodean las ametralladoras, increpan a los jefes de pieza: ‘¡Es indigno! ¿Qué hacéis aquí?’ Los soldados se callan. A veces, un suboficial dice: ‘Vamos, buenas mujeres, váyanse de aquí’. La voz no es adusta; las mujeres se quedan.” (Lissagaray, 1981, pp 42)

Es un reconocimiento implícito de la estructura de la familia obrera y un golpe contra la autoridad del Código Civil. Esto coincide con el tipo de reivindicaciones que las mujeres plantearon en los clubes populares y fue justificado por los comuneros tanto por razones de justicia hacia las mujeres como por su efecto de debilitar la institución religioso-monárquica del matrimonio y convertir en un hecho legal la moral viva real de los trabajadores. El concepto del grupo revolucionario que posee un código moral superior y más honesto, que no necesita la autoridad de las clases superiores y del Estado, siempre ha aparecido entre los oprimidos en los momentos de confianza revolucionaria. (...) Pero la idea de una unión libre con su connotación de rehabilitación del cuerpo estaba muy lejos de la posición de la clase obrera, de "su moral y la nuestra", con preocupación por la seguridad y la protección más que por la liberación sexual. Esta contradicción todavía no se ha resuelto con éxito. (Rowbotham, 1974, p. 119).

El divorcio sólo fue reconocido en regiones, implicando asimismo un avance en la posibilidad de libertad de las mujeres. Por otro lado, una de las medidas significativas que atravesó la vida social y la familia en su conjunto pero que tuvo especial impacto en la vida y moral de las mujeres fue la separación de la Iglesia del Estado y la laicización de todos los espacios públicos, lo que abonó contra el control de la vida familiar y de las mujeres.

Dentro de las tareas de relevancia entre las que se destaca André Léo se encuentra la constitución de la Comisión encargada de organizar y vigilar la enseñanza en las escuelas de chicas tras la laicización con una población escolar de aproximadamente 250 mil niños y niñas. La búsqueda de igualdad en el terreno del trabajo será, como vimos, una de las demandas centrales: esto llevó, en el terreno educativo, a que se equipare el salario de las maestras a la vez que la educación para las mujeres, se ponga en el centro con la creación de escuelas laicas para niñas.

Durante la Comuna fue la Unión de Mujeres, sección perteneciente a la AIT quien buscará organizar a las mujeres y darle protagonismo a sus demandas, particularmente en lo referente a la cuestión del trabajo agravada con el transcurso de los días. Entre sus miembros se destaca Dimitrief, hija ilegítima de un oficial zarista, quien es enviada por el Consejo General de la Internacional (Rougerie, 2010). Esta Unión, tendrá la perspectiva de la socialización del trabajo, con un proyecto de planificación y participación de las mujeres en las decisiones productivas con la mirada de un asociacionismo federado a escala internacional. Con un ambicioso proyecto buscaban liberar el trabajo de la mujer, exigiendo a la Comuna la ocupación y la puesta en marcha de las fábricas abandonadas por los burgueses. Proponían un plan que

pusiera fin a la competencia del trabajo de mujeres y hombres a través de un salario igualitario: la organización del trabajo femenino se volvía una tarea urgente al ser el más explotado de todos.

A su vez existieron colectivos barriales que organizaron a las mujeres como es el caso del Distrito X donde se encontraba la Sociedad de la Unión de las Trabajadoras. Más allá de esto, como señalamos, las mujeres de la Comuna carecieron de derechos políticos y no fue por ejemplo, la idea del sufragio, una demanda motora de su organización. Jones y Vergest profundizan en la comprensión de este aspecto:

Pero si estaban electoralmente ausentes, por lo demás estaban muy presentes en el proceso transformador de democratización de la sociedad – "*la Sociale*", como se le llamaba. Y lo que es más importante, las mujeres se consideraron plenamente presentes, plenamente implicadas. Independientemente de la falta de permanencia o de la inestabilidad de los cambios efectuados por los actos registrados de la Comuna, la importancia de la Comuna como experiencia de género, como apropiación de la idea que el 'espacio creado por una interacción, como algo que nuestros cuerpos reactivan y, a través de esta reactivación, a su vez nos modifica y transforma' se refleja en las diversas formas en que se facilitó la presencia de las mujeres. (Jones y Vergests, 1991, p. 716)

En algunos distritos tenían la posibilidad de votar en los comités mixtos, mientras que en otros clubes donde su participación fue activa, el derecho al voto no fue otorgado. En algunas circunstancias, como mencionamos, debieron enfrentar el rechazo a su participación, como denuncia André Léo ante la negativa a que ocho mujeres sean aceptadas como choferes de ambulancias. A su vez ninguna de las mujeres formaba parte de los comités de gestores de distrito y el Comité de Vigilancia de Montmartre se trataba de un círculo de debate.

En lo referente a las tareas centrales para el funcionamiento de la Comuna⁵, la actividad de cuidados de enfermos, niños y de protección fue generalizado entre las trabajadoras, quienes también se volcaron como cantineras, institutrices, obreras. A su vez se ocuparon de la administración de una importante serie de instituciones benéficas y por primera vez las

5 "Los ejércitos de la Comuna también tuvieron mujeres: cantineras, camilleras, soldaderas, ahora están con los otros. Solo algunas fueron conocidas: Lachaise, la cantinera del 66, Victorine Rouchy, de los turcos de la Comuna, la cantinera de les enfants perdus, las camilleras de la Comuna: Mariani, Danguet, Fernandez, Malvina Poulain, Cartier. Las mujeres de los comités de vigilancia: Poirier, Excoffons, Blin. Las de la Corderie y de las escuelas: Lemel, Dimitrieff, Leloup. Las que organizaban la enseñanza a la espera de la lucha en París, donde se portaron como héroes: las señoras André Leo, Jaclar, Périer, Reclus, Sapia. Todas se pueden contar entre el ejército de la Comuna, y también son legión." (Michel, 1898, pp 119)

mujeres trabajaron en las fábricas de armas y municiones. En lo que respecta al combate militar, su importancia política y simbólica fue de magnitud, entre las que se destaca la combatiente Louise Michel perteneciente a los escuadrones de combate y las 120 mujeres que se enrolaron en la Guardia Nacional (D'Atri, 2018). La participación en las barricadas será registrado una y otra vez en las memorias que perviven en los archivos.⁶ Las Mujeres Patriotas de Belleville y de Montrouge se organizarán en batallones peleando codo a codo con los hombres. Los batallones de mujeres tendrán su protagonismo en la Place Blanche, la defensa de el Pantón, la calle Moffetard y Racine.

Las represalias y el terror burgués de Versalles buscó responder a este protagonismo heroico de las mujeres “anónimas”. Las memorias dan cuenta de penas que alcanzaron la muerte a mujeres que se habían encargado de asistir a los enfermos y heridos, muchas veces rescatando a los últimos cuerpos que quemados por el fuego. La represión, la violencia sexual, la tortura y las deportaciones, como el caso de Louise Michel en Nueva Caledonia (Martínez, 2017), son las marcas contra esta insubordinación de las comuneras luchando por la emancipación y por la vida.

6. Las proletarias de París, una inspiración para la acción revolucionaria

El protagonismo de las mujeres trabajadoras y su ubicación en la vanguardia de la lucha de clases ya había sido un hecho en la “Primavera de los Pueblos” de 1848 en París. Ahora bien, lo significativo que podemos encontrar entre los hechos de la Comuna es una decisión de las proletarias por su liberación como trabajadoras, liberación que debía empezar por la pelea por sus condiciones de subsistencia en el marco de la pelea consciente por la emancipación de la clase frente al ejército prusiano y al régimen de Versalles.

Estas reflexiones no pueden comprenderse si no se tienen en cuenta las condiciones estructurales de opresión y explotación a la que fueron sometidas las mujeres durante el Segundo Imperio, donde la posibilidad de sobrevivir dependía de una lucha cotidiana, y los agravios y la violencia sexual eran parte de la realidad diaria. Todos estos fueron componentes que encenderán la valentía de estas mujeres que emergen de lo más profundo de la desigualdad

6 “Es razón esa -había declarado Digeon en un pasquín- para humillar ante la fuerza la bandera roja, tinta en la sangre de nuestros mártires? ¡Qué consientan otros en vivir eternamente oprimidos!” Y alzó barricadas en las calles que conducían al Hôtel-de-Ville. Las mujeres, las primeras una vez más, desempedrarón las calles y amontonaron muebles. Las autoridades, que temían una seria resistencia (...)” (Lissagaray, 1981, pp 78).

y la degradación humana, se sobreponen a esas condiciones y conquistan un lugar en la primera fila de la defensa de la Comuna. Poner en discusión esta realidad es parte de la tarea necesaria para revalorizar su protagonismo, que lejos estuvo de una experiencia ordenada y consciente que se anticipó a los acontecimientos. Esto, en muchos casos también tuvo que ver con la hostilidad que aparecía entre las corrientes y organizaciones del proletariado.

Uno de los objetivos de este trabajo fue ofrecer un vehículo para adentrarse en esa realidad social oscura y dramática de las proletarias del Segundo Imperio, con el fin de resignificar su protagonismo en la lucha por la emancipación de la clase trabajadora parisina. Esta experiencia se realizó, en la mayoría de los casos, en paralelo con las ideas del feminismo precedente, lo cual explica, al menos en parte, la falta de presencia de la lucha por el reconocimiento por los derechos políticos de las mujeres.

Comprender estas contradicciones al calor de la veloz experiencia que hicieron las trabajadoras, la magnitud de los obstáculos que enfrentaron y a los que debieron sobreponerse, la valentía de su protagonismo en la vanguardia, posibilita encontrar heroísmo en las proletarias parisinas, la mayoría de las cuales no quedaron registradas en las memorias, a pesar de haber sido parte fundamental de la experiencia inédita de una clase. No resulta casual, entonces, que su visibilidad haya impactado en el conjunto de los procesos posteriores de la lucha revolucionaria, así como del pensamiento y organización de las corrientes del proletariado. Es por esto que Marx las llamará las Hécates y Megeras de Francia, proponiendo la organización de secciones de mujeres al interior de la Internacional.

¿Cuáles fueron las mujeres que fueron parte de la Comuna? Aquellas que se sobrepusieron a lo más profundo de la explotación y la degradación, para ponerse al frente de la lucha por la vida y por la emancipación de la clase trabajadora.

Todas unidas y resueltas, curtidas y esclarecidas por los sufrimientos que las crisis sociales arrastran siempre con ellas, profundamente convencidas de que la Comuna, representante de los principios internacionales y revolucionarios de los pueblos, lleva en ella los gérmenes de la revolución social, las Mujeres de París probarán a Francia y al mundo que ellas también sabrán, en el momento del peligro supremo - en las barricadas, en las murallas de París, si la reacción forzara las puertas - dar como sus hermanos su sangre y su vida ¡por la defensa y el triunfo de la Comuna, es decir, del Pueblo!

Entonces victoriosos, en condiciones de unirse y entenderse en base a sus intereses comunes, trabajadores y trabajadoras, todos solidarios, con un último esfuerzo

¡aniquilarán para siempre todo vestigio de explotación y de explotadores! (Manifiesto del Comité Central de la Unión de Mujeres, 6 de mayo de 1871)

7. Referencias

- Castillo, C. (2016). Marx, Engels y las revoluciones del siglo XIX. En K. Marx y F. Engels, *Revolución*. Ediciones IPS.
- D'Atri, A. et al. (2006). *Luchadoras*. Ediciones IPS.
- D'Atri, A. (2011). La participación de las mujeres en la Comuna de París. En *A 140 años de la Comuna de París*. Universidad Federal de Chápele.
- Fernandez, A. (1981). Las mujeres en la comuna de París. *Historia*, 16 (59), 80-86.
- Harvey, D. (2008). *París, capital de la modernidad*. Akal.
- Jones, K. & Vergest, F. (1991). 'Aux citoyennes!': women, politics, and the Paris Commune of 1871. *History of European Ideas*, 13 (6), 711-132.
- Linton, M. (1997). Les femmes et la Commune de París de 1871. *Revue Historique*, 603.
- Lissagaray, P.O. (1971). *Historia de la Comuna*. Estela.
- Martínez, J. (2017). Louise Michel, la combatiente de la Comuna. *CTXT, Contexto y Acción*, 131.
- Marx, K. (2007). *La Guerra Civil en Francia*. Fundación Federico Engels.
- Marx, K. (1981). *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Progreso.
- Michel, L. (1898). *La Comuna de París. Historias y recuerdos*. Biblioteca Anarquista.
- Rougerie, J. (2010). 1871: La Comuna de París. En Ch. Fauré (ed.), *Enciclopedia histórica y política de las mujeres*. Akal.
- Rowbotham, S. (1974). *Women, Resistance & Revolution*. Vintage Books.
- Rowbotham, S. (2021). A 150 años de la Comuna de París. *Jacobin*. <https://jacobinlat.com/2021/03/25/a-150-anos-de-la-comuna-de-paris/>